

## MÁS ALLÁ DE LA AMISTAD

Siempre que puedo, atrapo la lluvia en las palmas de mis manos y la guardo en el bolsillo para regalársela a Daniel. Últimamente pasamos mucho tiempo juntos. Es un chico delgado, con la piel pálida y la mirada grande. Ahora no tiene pelo por su enfermedad y falta bastante a clase, pero aun así no pierde la sonrisa. Siempre ha demostrado una sensibilidad especial y es capaz de ver lo que nadie más puede ni siquiera imaginar. De hecho a mí me vio a la primera y eso que soy invisible. Soy su amigo invisible desde hace... Bueno, el tiempo da igual.

Daniel agradece mucho mis regalos, sobre todo ahora que tiene que pasar largas temporadas en la cama. Recuerdo aquella vez que le llevé la hoja herida de un sauce llorón; se emocionó tanto que temí por su salud. La cuidó durante más de un mes hasta que pudo, por fin, devolvérsela al sauce. Fue un momento inolvidable cuando ambos se fundieron en un largo abrazo. Desde entonces son grandes amigos y, ahora que Daniel apenas puede salir, el Sauce va a visitarlo y le habla de la amapola, que se ha matriculado en enfermería para aprender a poner cataplasmas al trigo porque cada vez tiene más granos. Le cuenta también que el romero está aprendiendo a nadar,

—Es que se ha enamorado de un alga pelirroja, pero, shhhh, no se lo digas a nadie —dice bajando mucho la voz— el pobre no tiene nada que hacer. Al alga no le gusta el fuerte olor mentolado que desprende y lo seco que es.

Daniel le pregunta entonces por el pino.

—Pues, chico, sigue fatal con su alergia; los antihistamínicos no le hacen efecto. Y el grillo —añade con voz pesarosa— está fastidiado también, se ha quedado afónico por el aire acondicionado que ponen en el local donde ensaya los sábados por la noche y ahora apenas puede cantar.

Podrían estar todo el día así, hablando de sus amigos, ¡son fantásticos!

Aunque hay algo que le preocupa a Daniel: desde que le curó la hoja, el Sauce no ha vuelto a llorar. El árbol simula estar contento por haberse librado de las lágrimas y ahora quiere que le llamen Sauce a secas, sin Llorón, pero todos sabemos que su felicidad no es tal. Sus padres y hermanos están muy enfadados con él y le acusan de renegar del apellido familiar. También algunos amigos han

dejado de hablarle, como el roble, siempre tan recto y tan regio, no le perdona que haya perdido sus raíces y no le ha vuelto a llamar para quedar.

—¡Nunca lo hubiera imaginado! —se queja el Sauce perplejo—. Y la acacia y la encina ya no quieren bailar conmigo en las fiestas forestales que se celebran los últimos viernes de mes, ¿te lo puedes creer? —añade melancólico inclinando sus ramas tristes hasta casi rozar el suelo.

Sólo el alcornoque, con el que nunca había intercambiado más que saludos educados, entiende por lo que está pasando y se mantiene firme a su lado.

Daniel, para consolarlo, acaricia su tronco con suavidad y dibuja con el dedo imágenes inventadas en sus hojas.

\*\*\*\*\*

Le pongo el agua de lluvia sobre su frente ardiente. Sé que le alivia. Las dos últimas semanas su salud ha empeorado, apenas abre los ojos y casi nunca sonrío. Sus padres, afligidos, no se separan de él. Ya no puede recibir visitas, pero yo, como soy invisible, estoy siempre aquí, a su lado, silencioso y muy quieto. A veces, cuando su madre se queda dormida, recojo sus lágrimas y empapo con ellas la cara de Daniel, que me lo agradece con un susurro.

Hoy lo han enterrado debajo del gran ciprés, en la zona más tranquila y soleada del cementerio. La gente se apiña alrededor de su tumba para darle el último adiós. No falta nadie del pueblo, ni siquiera el pino, que no para de estornudar.

Daniel agarra con fuerza mi mano y echa un último vistazo al lugar.

Estamos listos para irnos.

A lo lejos, el Sauce mueve sus ramas y nos dice adiós mientras las lágrimas empapan sus raíces.